

Un hombre contra Roma

Francisco Martínez Hoyos

Doctor en Historia

Publicación	Torre de los Lujanes, n.º 72
Fecha	Madrid, octubre de 2018
Páginas originales	111-130
Tipo documental	Artículo histórico-biográfico
ISSN	1136-4343
Identificador	TDL-72-2018-111-130

RESUMEN DOCUMENTAL

Biografía histórica de Martín Lutero y análisis del proceso que desembocó en la Reforma protestante. El artículo sitúa su pensamiento en el contexto religioso tardomedieval, revisa su formación, la crisis espiritual que lo condujo al monasterio, las noventa y cinco tesis, la ruptura con Roma y la traducción de la Biblia. También aborda su matrimonio, su relación con príncipes y campesinos, la organización de las comunidades protestantes y sus posiciones polémicas sobre judíos y disidentes. El autor presenta una figura decisiva y contradictoria cuya memoria fue objeto de disputa desde el momento de su muerte.

PALABRAS CLAVE

Martín Lutero · Reforma protestante · Iglesia católica · siglo XVI · Biblia · Alemania

CITA BIBLIOGRÁFICA

Francisco Martínez Hoyos. "Un hombre contra Roma". Torre de los Lujanes, n.º 72, 2018, pp. 111-130. ISSN 1136-4343.

Nota: el resumen y las palabras clave son descriptores documentales generados para facilitar la búsqueda y no sustituyen un resumen firmado por el autor.

UN HOMBRE CONTRA ROMA

Francisco Martínez Hoyos, doctor en Historia

La Reforma protestante es la reforma con mayúscula, con lo que se la distingue de anteriores intentos por regresar a la Iglesia más auténtica, la de los primeros cristianos. La Inglaterra del siglo XIV había presenciado la predicación de Wycliff. La Bohemia de la siguiente centuria, la de Juan Huss. A partir de 1517, en cambio, comienza algo cualitativamente distinto, un proceso de extremada complejidad que, como señaló un historiador, fue la “consecuencia de una pluralidad de interacciones enormemente complejas e imprevisibles entre personalidades, acontecimientos, creencias y actitudes”.²

Desde la década de los ochenta, la historiografía ha tendido a relativizar la importancia del monje alemán Martín Lutero (1483-1546) como padre de la Reforma. Así, frente a los relatos que incidían sobre todo en la originalidad de su figura, los especialistas han mostrado como su pensamiento hunde sus raíces en la Edad Media. También han puesto de relieve cómo, antes de su aparición, ya existía, a lo largo de toda Europa, una inquietud favorable al cambio dentro de la Iglesia. El descontento se había manifestado a través de grupos heréticos, pero también con movimientos que se mantenían dentro los límites de la ortodoxia. Este será el caso de la denominada “devoción moderna” (*devotio moderna*).³

No obstante, aunque hablemos un fenómeno que no puede atribuirse a una sola persona, es indudable que nada habría sido lo mismo sin Lutero. A él le gusta presentarse como el hijo de un campesino, pero no hay que tomarle al pie de la letra en este punto. Su familia no era pobre. Ciertamente su abuelo, Heiner, tenía una granja, pero sus recursos, como los de su hijo Hans, el padre del futuro reformador, provenían de la explotación minera.

2 CAMERON, EUAN. *El siglo XVI*. Barcelona. Crítica, 2006, p. 174.

3 HEAL, BRIDGET. “Martin Luther and the German Reformation”. *History Today*, marzo de 2017, p. 30.

La educación que recibió Lutero fue estricta, Hijo de un campesino que se enriqueció con la explotación minera, el futuro reformador recibió una educación estricta, sin excluir castigos corporales que eran comunes en la época. La dureza paterna le afectó psicológicamente. Ahí está la raíz de su voluntad de no mostrarse más afectuoso y menos severo con sus propios descendientes.⁴

Estaba destinado, en principio, a la carrera de derecho. Una crisis espiritual le hizo cambiar de opinión y se hizo monje. Había prometido tomar los hábitos si Santa Ana le protegía durante una tormenta, en la que temió por su vida. Esta reacción, que en la actualidad parecería excesiva, tiene su explicación en las creencias de la época. Se pensaba que el demonio o las brujas provocaban determinados fenómenos meteorológicos.⁵ No parece, sin embargo, que este fuera el factor determinante. Si hubiera querido, se habría echado atrás con la conciencia limpia: una promesa realizada bajo la coacción del miedo no tenía validez. Su padre, para hacerle cambiar de opinión, le dijo que tal vez la tormenta se debía a la acción de espíritus malignos. No podía aceptar una decisión que echa por tierra todos sus planes de futuro. Esperaba que su hijo, con un título en leyes, velara por la buena marcha del negocio familiar y obtuviera ventajas materiales para sus hermanos.⁶ Pese a su presión, el joven Martín se mantuvo firme en su camino. Más de un autor ha interpretado que esta rebelión contra la autoridad paterna marcaría su trayectoria religiosa, que le llevaría a enfrentarse al Papa y al Emperador.

Eligió a los agustinos del monasterio de Erfurt porque esta acostumbraba a ser la opción de los intelectuales. La orden contaba con una magnífica biblioteca y contaba entre sus filas con numerosos profesores uni-

4. KAUFMANN, THOMAS. *Martín Lutero. Vida, mundo, palabra*. Madrid. Trotta, 2017, p. 29.

5. ROPER, LYNDAL. *Martín Lutero. Renegado y profeta*. Madrid. Taurus, 2017, p. 59.

6. KITTLESON, JAMES M. "The accidental revolutionary". *Christian History* n° 115, p. 15.

FRANCISCO

versitarios. Iniciaba a sí una vida en la que los estudios se alternarían con prácticas ascéticas muy estrictas, en medio de privaciones y falta de sueño porque debía levantarse varias veces a lo largo de la noche para rezar.

Lutero se ordenó sacerdote en 1507. Cinco años después obtuvo el doctorado en Teología. La docencia universitaria se convirtió en una de sus obligaciones, al tiempo que cumplía con las impuestas por la pertenencia a su orden. Llevaba una estricta vida de piedad. Tiempo después, dirá que, si algún monje podía considerarse santo, él lo era.

Durante su etapa monástica, Lutero vivió con una frecuente angustia, inquieto por la salvación de su alma. No dejaba de luchar contra el pecado, en forma de envidia o de odio, también de tentación carnal. No obstante, hacia el final de su vida explicará que no tuvo demasiados problemas con la lujuria. Ni siquiera miraba a las mujeres en el confesionario.

Comprender que la fe es un don divino, que el hombre obtiene sin merecerlo, iba a proporcionarle paz espiritual. En esos momentos se consideraba un hijo fiel de la Iglesia, como muestra un comentario en el que afirma que los herejes “la atacan falsamente y la fingen lodazal de vicios y perversos cristianos”. En esos momentos pensaba que el mundo católico tenía defectos, pero no podía tomarse la parte por el todo. Los que hacían eso, a su juicio, necesitaban que la Iglesia pareciera mala para pasar ellos por buenos.⁷

El 31 de octubre de 1517, según la leyenda, este fraile concienzudo clavó sus noventa y cinco tesis sobre el comercio de indulgencias en la puerta de la iglesia del castillo de Wittemberg. Los hechos, en realidad, sucedieron de una forma menos espectacular y dramática. Lutero se limitó a proponer un debate académico de acuerdo con las costumbres de la época. Al principio, envió su texto al arzobispo de Maguncia, su superior

7. LAZCANO, RAFAEL. *Lutero. Una vida delante de Dios*. Madrid. San Pablo, 2017, pp. 68-69.

eclesiástico. Al no recibir respuesta, lo hizo llegar a varios amigos. A partir de aquí, su difusión, impulsada por la imprenta, fue imparable.

No pasaba por su cabeza, en esos momentos, iniciar un cisma dentro de la Iglesia católica. Lo que deseaba era reflexionar sobre una cuestión candente, la venta indulgencias. El comprador podía utilizarlas para que sus pecados o los de otra persona fueran perdonados. De esta forma se creía posible abreviar la estancia en el purgatorio de un ser querido. Pero esta doctrina, en la práctica, suscitaba algunas preguntas incómodas. Algunos querían saber, por ejemplo, que impedía al Papa utilizar sus caudales para acelerar la entrada en el cielo de todas las almas que expiaban sus pecados. La cuestión, en definitiva, era cómo ser solidario con los difuntos.

La crítica al tráfico de indulgencias venía de tiempo atrás. A mediados del siglo XV, Jean y Lewin, dos hermanos de Augsburgo, denunciaron lo que para ellos era un fraude. Wessel Gansfort también cuestionaba su venta, a la que mostraba su escepticismo ante cuestiones como la confesión o el purgatorio. Lutero se reconoció tanto en sus ideas que dijo que, de haber leído sus escritos antes, sus enemigos hubieran podido acusarle de un plagio completo.⁸

Todo este debate no era en absoluto menor. La sociedad europea de la época vivía obsesionada con la idea de la muerte, algo lógico si se tiene en cuenta el altísimo índice de fallecimientos. La esperanza de vida no pasaba de los veintisiete años en un mundo en el que las catástrofes se sucedían. Unas veces en forma de epidemias, otras de guerras. Por eso tenían tanto éxito las danzas macabras y se había convertido en un bestseller el *Ars moriendi*, un libro destinado a la preparación del cristiano para el tránsito a la otra vida. En estas circunstancias, lo que sucediera en el más allá constituía un asunto totalmente prioritario. Cualquiera podía dejar el mundo en el momento más imprevisto.

8. RICHARDT, AIMÉ. *Luther*. París. François-Xavier de Guibert, 2008, pp. 15-16.

La venta masiva de indulgencias pretendía, teóricamente, sufragar los cuantiosos gastos de la construcción, en Roma, de la basílica de San Pedro. Muchos estaban en contra por motivos económicos: la fuga de capitales desde Alemania hacia los Estados Pontificios. Lutero formuló sus reparos desde otro ángulo, el estrictamente religioso. No creía que una transacción comercial pudiera sustituir al auténtico remordimiento y la verdadera penitencia. Es más, el que creyera que podía hacer perdonar sus pecados a través de un desembolso económico, en realidad estaría condenándose por toda la eternidad. Antes que gastar el dinero en la adquisición de indulgencias, el creyente debía limosna a un necesitado. La tesis número 45 advertía con rotundidad sobre las consecuencias de hacer lo contrario: “aquel que viere a un menesteroso y lo que pudiera darle lo emplea en comprar indulgencias, no consigue la venia del papa, sino que se concita la indignación divina”.⁹

En esos momentos, Lutero todavía no arremete contra el pontífice. Cree, por el contrario, que ignora los excesos que se cometen para financiar la basílica de San Pedro. Si los conociera, preferiría que el templo se redujera a cenizas antes que edificarlo a costa de exprimir a los católicos.

No era el único plantear objeciones a una práctica polémica. El historiador Teófanés Egido indica que las Cortes de Castilla, antes, ya habían protestado contra el abuso de las indulgencias. Lo mismo habían hecho instituciones parlamentarias de otros países mientras teólogos como Juan Geiler reflexionaban sobre el tema.¹⁰ Erasmo de Rotterdam, el príncipe de los humanistas, crítico a los que creían a pie de juntillas que, con un desembolso económico, podían redimir sus perjurios, desenfrenos y demás perfidias.

Lutero no contentó con arremeter contra la mercantilización de la fe. Defendió, con más radicalidad que nadie, dos principios básicos: el cristiano debía basarse solo en Jesucristo y solo en la Sagrada Escritura. Con ello, el alemán no pretendía, al principio, promover ningún cisma. No de-

9. LUTERO, MARTÍN. *Obras*. Salamanca. Sígueme, 2016, p. 66.
10. EGIDO LÓPEZ, TEÓFANES. *Las reformas protestantes*. Madrid. Síntesis, 1992, p. 24.

seaba destruir la Iglesia sino, por el contrario, fortalecerla. Puesto que el Papa y los obispos no hacían su trabajo, él asumía la responsabilidad de iniciar los cambios. De esta forma, conseguiría aplacar la ira divina.¹¹

De esta forma cuestionaba las estructuras de poder eclesiástico concebidas para hacer de intermediarias entre el hombre y Dios. La autoridad del Papado tenía un origen humano, no divino. Es más, en la práctica, este era la cúspide de una organización profundamente corrompida. A la hora de criticar al pontífice, Lutero no se mordió la lengua. Incluso dijo que era el Anticristo. ¿Un exceso retórico, tal vez? No. El alemán hablaba en sentido literal. Convencido de que el fin de los tiempos se aproximaba, estaba seguro de que Roma había caído en manos del enemigo de Jesús mencionado por San Juan en el Nuevo Testamento. Esta visión tan crítica se debía, en parte, a una reciente lectura. Había leído la obra del humanista Lorenzo Valla que demostraba la falsedad de la donación de Constantino: este emperador romano nunca había entregado a la Iglesia las tierras que formaban los estados pontificios.

Se ha planteado a menudo que la Reforma constituyó una reacción contra la decadencia moral de la Iglesia católica. ¿Cómo encontrar una visión objetiva de lo que sucedía en realidad, más allá de las reconstrucciones a posteriori? Los partidarios de la Reforma tienden a oscurecer las tintas. Los contrarios, a señalar que no todo en la Iglesia era tan malo. La realidad, como ha mostrado la historiografía, resulta compleja. Jean Delumeau, en un estudio clásico, señaló que en otras épocas se habían dado grandes abusos sin que se produjera un cisma. Tal vez lo que cambió no fueron las situaciones criticables sino la mayor sensibilidad ante lo que no funcionaba. Pero, por otra parte, determinadas voces que se alzaron contra la conducta del clero, como la de Erasmo de Rotterdam, no por ello secundaron la escisión.¹²

11. GREENGRASS, MARK. *La destrucción de la Cristiandad. Europa 1517-1648*. Barcelona. Pasado & Presente, 2015, p.353.

12. DELUMEAU, JEAN. *La reforma*. Barcelona. Labor, 1985, p. 5. LUTZ,

No todo era corrupción en el catolicismo de principios del XVI. Lo cierto es que se vivía un momento de renovación, en el que eran perceptibles diversas corrientes que aspiraban a un cambio. Como ha señalado un especialista, las críticas contra la incultura del clero o la mala administración de la Iglesia, se ajustaran o no a la realidad, “dan testimonio del vigor del sentimiento reformador más que de su ausencia”.¹³ En Alemania, por ejemplo, el panorama eclesial se caracterizaba por “la abundancia de fundaciones piadosas, las florecientes hermandades (...), la plétora de iglesias construidas, la creación de órdenes religiosas”.¹⁴

Por otra parte, el propio Lutero admitió que su movimiento no tenía nada que ver con una supuesta falta de moralidad entre sus contrincantes. Porque, a su juicio, tan pecadores eran los católicos como los protestantes. “Tan mal vivimos nosotros como los papistas”, señaló. Si había protagonizado una rebelión contra la autoridad vaticana, no se debía a que pretendiera modificar una mala praxis sino a un asunto de naturaleza exclusivamente doctrinal.¹⁵

A diferencia del Papa, Lutero planteaba que bastaba la fe para alcanzar la salvación eterna del alma. El ser humano no podía conseguirla a través de sus actos, las buenas obras. Porque todo dependía de la voluntad divina, que establecía quienes iban salvarse y quienes no. El libre albedrío, de esta forma, quedaba eliminado.

La ruptura con la doctrina de las buenas obras significaba romper con una serie de obligaciones que requerían dinero y tiempo. Porque el católico ejemplar debía participar en las numerosas festividades religiosas, con lo que perdía días de trabajo. También se veía forzado a pagar misas de difuntos, satisfacer diezmos, ser generoso con la Iglesia a la hora de hacer testamento... Estas y otras cargas habían acabado por ser muy difíciles de soportar y reducían la fe a una especie de balance bancario. A un lado, el

HEINRICH. *Reforma y contrarreforma*. Madrid. Alianza Editorial, 2016, p. 37.

13. CAMERON, *El siglo XVI*, p. 189.

14. KAUFMANN, *Martín Lutero*, 2017, p. 45.

15. EGIDO LÓPEZ, *Las reformas protestantes*, p. 13.

debe, los pecados. Al otro, el haber, las buenas obras.¹⁶ Esto no significa, por supuesto, que actuar correctamente dejara de tener importancia. Lutero ponía la comparación de que los ojos no sirve para salvarnos y no por eso nos los arrancamos.

El padre de la Reforma, entre tanto, desarrollaba una frenética actividad intelectual. No dejaba de publicar títulos en los que opinaba sobre toda suerte de temas religiosos, políticos y sociales. Cuando escribía para académicos lo hacía en latín, el idioma común de los universitarios. El alemán lo empleaba para dirigirse a la gente común, algo no demasiado habitual en un pensador del Renacimiento. Como publicista, su éxito fue rotundo. Había un público deseoso de escucharle, el que agotaba las constantes reediciones de sus textos. Un historiador, Jacques Barzun, habla de “bombardeo propagandístico sin precedentes”. Un biógrafo de Lutero Thomas Kaufmann, afirma que este se convirtió en la primera estrella mediática de la Historia.¹⁷ Los datos demuestran su desmesurado impacto: de todas los títulos que se publicaron en Alemania entre 1500 y 1530, una quinta parte se debían a la pluma del reformador. Estas obras acostumbraban a contener su retrato, obra de grabadores como Lucas Cranach el Viejo, con lo que su rostro se hizo famoso por toda Alemania¹⁸

Este uso de la palabra escrita supone una diferencia respecto a los movimientos por la reforma de la Iglesia que se habían dado en la Edad Media. A diferencia de lo que sucedía entonces, ahora existe la imprenta. El invento de Gutenberg permite hacer grandes tiradas de una obra, a precios económicos, de forma que una idea llega a más gente. Para que esto sea posible, han tenido que darse importantes cambios técnicos. La imprenta, por sí misma, no habría sido suficiente sin mejoras en el papel y la tinta. Fue precisa, además, la contribución de un cuerpo de artesanos

16. BARZUN, JACQUES. *Del amanecer a la decadencia. 500 años de vida cultural en Occidente*. Madrid. Taurus, 2001, pp. 55-57.

17. KAUFMANN, *Martín Lutero*, 2017, p. 10.

18. ROPER, *Martín Lutero*, pp. 155, 171.

con los conocimientos necesarios para hacer posible la revolución en el mundo del libro.¹⁹

La disidencia luterana, en sus inicios, fácilmente por Roma. El contexto político hizo que el Papa, más preocupado por oponerse a la elección de Carlos V como emperador, descuidara el asunto. De esta forma, la oposición religiosa creció hasta ser inmanejable.

Roma solicitó a elector de Sajonia, Federico el Sabio, que procediera contra el fraile herético. Para ser más convincente, el Papa acompañó la petición de un honor muy envidiado para el monarca germano, concesión de la Rosa de Oro. Todo hacía prever que Federico cumpliría la voluntad de León X puesto que era un católico devoto en extremo. Poseía una colección de cerca de 8.000 reliquias, entre las que se contaba supuesta paja de la cuna de Cristo. Sin embargo, fue, hasta su muerte, un protector enérgico de Martín Lutero. Porque, como alemán, estaba en contra todo lo que fueran intromisiones de la curia vaticana en asuntos propios. Ningún funcionario italiano tenía derecho a juzgar a un profesor de la Universidad de Wittenberg por una cuestión de ortodoxia.

León X, finalmente, condenó cuarenta y una afirmaciones de Lutero en la Bula *Exurge Domine* (15 de junio de 1520). Con un efecto contraproducente, porque solo consiguió hacer más publicidad al alemán, que reaccionó con la quema del documento pontificio y el volumen que contenía el Derecho canónico, además de otros libros. Poco después quedaría excomulgado: se convertía así en un delincuente al que cualquiera podía perseguir. Por eso, en el último cuarto de siglo de su vida, permaneció en Sajonia, donde podía contar con la protección del príncipe.

Antes muchos de sus compatriotas, sin embargo, apareció como un héroe al que perseguían sin concederle siquiera el derecho a ser escuchado. “La autoridad y la influencia de Lutero crecieron entre la opinión pública de una forma nunca antes conocida por un teólogo”, señala Thomas Kaufmann. Un índice de esta creciente popularidad lo tenemos en el 19. BARZUN, *Del amanecer a la decadencia*, p. 31.

incremento vertiginoso de los alumnos matriculados en la Universidad de Wittenberg. Los 242 de 1517 pasaron a 570 solo tres años después. Los estudiantes se inscribían atraídos por la personalidad del fraile que se había atrevido a decir lo que tantos pensaban.²⁰ De esta manera, un oscuro centro de enseñanza superior acabó por adquirir una fama internacional.

Carlos V, recién elegido emperador, intentó someter a Lutero y le invitó a la dieta de Worms (1521) con un salvoconducto que garantizaba su seguridad personal. De esta manera, al establecer un diálogo con el hereje, el soberano desafiaba la autoridad de Roma, que deseaba que el poder civil se limitara a cumplir la voluntad del poder religioso. Pese a la enorme presión, el polémico teólogo resistió con todas sus energías. No estaba dispuesto a retractarse a no ser que se le demostrara, con argumentos extraídos de las Sagradas Escrituras, que estaba equivocado.

Su vida, en aquellos momentos, corría peligro. Como la dieta le había declarado hereje notorio, todos debían negarle refugio y cualquiera estaba facultado para proceder a su detención. Con todo, el edicto de Worms que le dejaba fuera de la ley podía ser aceptado o rechazado por las príncipes. Preocupado, el elector de Sajonia le hizo confinar en el castillo de Wartburg, de forma que pudiera estar protegido contra un intento de asesinato. Su desaparición, sin embargo, hizo pensar a sus amigos que le habían matado. La Su ausencia fue un shock para ellos.

Durante sus diez meses en Wartburg, de mayo de 1521 a marzo de 1522, encontró la tranquilidad necesaria para traducir, al alemán, el Nuevo Testamento. Esta obra, un auténtico bestseller, conocería trescientas cincuenta ediciones solo en vida suya. Después, Lutero acometió el reto de hacer lo mismo con el resto de las Escrituras. Finalmente, en 1534 dio a la luz su versión de la Biblia, que se convertirá con rapidez en un bestseller. Con 100.000 impresos en el siguiente medio siglo solo en Wittenberg.

No fue, como a menudo se cree, el primero en enfrentarse a esta tarea. En 1466 apareció la primera Biblia completa en alemán, basada en una

20. Kaufmann, *Martín Lutero*, pp. 53, 78.

traducción bávara un siglo más antigua, hoy perdida.²¹ Desde entonces, y hasta 1522, pueden contabilizarse otras diecisiete versiones de los textos sagrados, aunque seguramente hubo más.

A diferencia de lo que sucedió en casos anteriores, la Biblia de Lutero partía directamente de los originales en hebreo y griego, no de la traducción latina.²² Otra diferencia importante afectaba a la difusión: frente a las escasas tiradas de quienes le habían precedido, Lutero consiguió unas ediciones masivas: miles y miles de ejemplares. Buena parte de su éxito se debió a la utilización de un idioma accesible al gran público sin perder belleza literaria. En adelante, se convertiría en un modelo de cómo escribir en alemán.

Con su traducción, Lutero cumplía su promesa de combatir al diablo con tinta. Sin embargo, esta afirmación se interpretó literalmente y se difundió una historia que se haría muy popular. Supuestamente, el diablo acechó al religioso y este se defendió arrojándole un tintero. Todavía hoy puede verse en una pared del castillo una mancha que se atribuye a este incidente.²³

Las nuevas ideas iban a suscitar reacciones de todo tipo. Entre los críticos destacó el rey de Inglaterra, Enrique VIII. Por su tratado contra la nueva herejía, el Papa le concedió el título de “Defensor de la Fe”, todavía utilizado por los soberanos británicos. Nada hacía imaginar que el monarca, poco después, fuera a separarse de la obediencia a la Iglesia romana por el espinoso asunto de su divorcio de Catalina de Aragón.

El prestigioso humanista Erasmo de Rotterdam también se contó entre los que no comulgaban con el agustino alemán. Ambos iban a protagonizar una jugosa polémica. Hombre de profunda erudición, Erasmo fue responsable de la edición, en griego, del Nuevo Testamento. Sus vastos conocimientos le permitieron convertirse en una especie de rockstar del

21. Introducción de Stephan Füssel a *The Luther Bible of 1534*. Colonia. Taschen 2016, p. 25.

22. EGIDO LÓPEZ, *Las reformas protestantes*, p. 70.

23. ROPER, *Martín Lutero*, p. 213.

humanismo. Los reyes le cortejaban, los papas querían su asesoramiento y no dudaban en ofrecerle obispados, por más que fuera un personaje que fustigara con energía los vicios que detectaba en la Iglesia. Llegó a afirmar que casi todos los cristianos eran “tristemente esclavos de la ceguera y de la ignorancia”.

Lutero quiso ganarlo para su causa, pero sufrió una gran decepción. Le pareció que no se unía a él porque Dios no le había concedido suficiente coraje. Ante la imposibilidad de convertirlo en uno de sus partidarios, le pidió que, al menos, se mantuviera neutral ante la Reforma. Quería llegar a un pacto de no agresión que propuso de forma explícita: Si Erasmo no le atacaba, él haría lo mismo.²⁴

La paz no fue posible. Ambos hombres tenían personalidades demasiado distintas como para llegar a un entendimiento. Mientras el de Rotterdam era un cristiano sincero pero no apasionado, el de Wittenberg vivía su fe de una forma muy emocional. La ruptura se precipitó por la existencia de dos visiones inconciliables acerca de la libertad humana. Erasmo la defendía, como puso de manifiesto en su obra *Sobre el libre albedrío* (1524). Lutero replicó, airado, un año después, con *Sobre el siervo albedrío*. Estaba convencido de que el ser humano es incapaz, por sí mismo, tanto de obrar el bien como el mal. En ambos casos, sus actos eran fruto de Dios o del diablo. No obstante, reconocía en Erasmo una altura intelectual que no encontraba en el resto de sus rivales. Él había sido el único capaz de ir hasta el fondo de las cosas, sin perderse en cuestiones accesorias.²⁵

La ruptura de la unidad del cristianismo supuso un profundo trauma. La posibilidad bien real de una guerra de religión alarmaba a los dirigentes más razonables. El mismo Carlos V, cuando escuchó hablar de las cabezas que iban a rodar pronto, respondió con un “nada de cabezas”.

Aunque el emperador no deseaba un conflicto, hubiera empleado la fuerza para aplastar a los herejes si hubiera estado en

24. LUTERO, *Obras*, pp. 397-98.

25. EGIDO LÓPEZ, *Las reformas protestantes*, p. 66.

su mano. La presión de los turcos, que amenazaban Viena y el Mediterráneo, la impidió reunir suficientes tropas para alcanzar una victoria decisiva. Por otra parte, dejó pasar un tiempo precioso a la espera de un Concilio, fuera de la Iglesia en su conjunto o de la alemana en particular, que clarificara el panorama religioso. El de Trento, con carácter universal, solo iniciaría sus sesiones en una fecha tan tardía como 1545. Básicamente, porque los pontífices temían reformas que disminuyeran su poder. Entre tanto, los contrarios a Roma experimentaron un crecimiento vertiginoso. Cuando dieron a conocer un manifiesto en el que protestaban contra los intentos de volver al status quo anterior a Lutero, el mundo pasó a conocerles con el nombre que se mantiene en la actualidad: protestantes.

Aunque se vivía un ambiente de crispación, no faltaban elementos conciliadores en los dos bandos. Melanchthon, por ejemplo, hizo concesiones a los “papistas” en la denominada “Confesión de Augsburgo” (1530). Lutero reaccionó con autoritarismo, convencido de que su amigo había ido demasiado lejos. Su personalidad vehemente tendía a empujarle hacia las polémicas, en las que daba rienda suelta a una agresividad verbal muy típica de las disputas de la época. Se peleaba con sus enemigos, pero el problema era que sus amigos, como el propio Melanchthon sabía de sobras, tampoco salían bien parados. Estaba demasiado acostumbrado a imponer su punto de vista.

Como señala Jacques Barzun, también era posible encontrar personas favorables a la negociación dentro de la alta jerarquía católica. El cardenal Contarini no regateó esfuerzos para conseguir que los luteranos regresaran al redil de la Iglesia. Por eso, las malas lenguas le presentaron como un protestante disfrazado.²⁶

La intransigencia de unos y otros impidió un pacto que, de todas formas, estuvo muy cerca de alcanzarse. Para los radicales de ambos bandos, el otro representaba a diablo y con el diablo, por definición, no se negocia.

26. BARZUN, *Del amanecer a la decadencia*, p. 45.

Lutero no pretendía crear una confesión nueva porque creía que la suya era la Iglesia de siempre. A los católicos, no a sus seguidores, correspondía el calificativo de cismáticos.²⁷

Los cambios religiosos iban de la mano de las turbulencias sociales. En 1524, una amplia revuelta campesina, la mayor que vivió Alemania en varios siglos, puso en cuestión los privilegios de los señores feudales. Sus demandas se justificaban con citas bíblicas, por religiosidad pero también para deslegitimar con sus propios argumentos a una Iglesia que poseía numerosas tierras. Si Jesucristo había dado la vida por el género humano, la justificación de la servidumbre caía por su propio peso: “Las Escrituras demuestran que somos libres y queremos ser libres”, proclamaba una de sus demandas.²⁸

Su forma de pensar demostraba una afinidad con el reformismo luterano. Este, sin embargo, no se reconoció en la protesta. Dedicó, por un lado, duras palabras a la avaricia de los nobles, empeñados en oprimir al hombre común para mantener su vida de lujos. A ellos, y a nadie más, había que culpar por el estallido de la sublevación.²⁹ Pero, por otra parte, no podía aceptar que se emplearan medios violentos. El saqueo y el asesinato se habían convertido en una costumbre.

Su condena a los campesinos, a los que insultaba llamándolos “perros rabiosos”, fue absoluta: debían ser exterminados. Llegó a declarar que la servidumbre no era incompatible con el cristianismo. El que dijera lo contrario mentía. Esta actitud le enajenó numerosas simpatías en el mundo rural, hasta el punto de recibir amenazas de muerte. Pero, pese a la multitud de voces que se levantaron en su contra, su decisión supuso un acierto desde el punto de vista político. Si hubiera apoyado a los perdedores, habría muerto. De esta forma, en cambio, contaba con el apoyo de la aristocracia. No hay que pensar, sin embargo, que su comportamiento obedeciera al oportunismo. Tenía muy arraigada la convicción de que las desigualdades sociales

27. RICHARDT, *Luther*, p. 185.

28. ROPER, *Martín Lutero*, p. 274.

29. LUTERO, *Obras*, p. 254.

habían sido instauradas por el mismo Dios. Unos debían dedicarse a defender a la sociedad y otros a los asuntos religiosos. Al pueblo, mientras tanto, correspondía garantizar que todos tuvieran un sustento económico.³⁰

Las críticas de Lutero se publicaron después de que los campesinos fueran masacrados, por lo que apareció como un cómplice de la represión. Sentía lástima por el trato salvaje que habían recibido las víctimas, pero creía que no existía opción. Había que infundir miedo en aquellas gentes. De lo contrario, las consecuencias serían aterradoras. El gobierno civil sería destruido, la palabra de Dios correría la misma suerte, toda Alemania se sumiría en el desastre.

El descontento, sin embargo, subsistió. Algunos años después, en 1534, John de Leyden instauró en Münster un reino igualitario. En ese momento, Lutero llevaba ya ocho años casado. Había contraído matrimonio con Catalina de Bora, una mujer a la que llevaba quince años. Era una monja que había escapado del convento, atraída por la crítica del que iba a ser su esposo a la vida monástica. Para el reformador, los frailes se comportaban como franciscanos, agustinos o dominicos antes que como cristianos. Además, sus votos de pobreza, obediencia y castidad eran antinaturales. Estas denuncias tuvieron un éxito formidable, de manera que las exclaustaciones se multiplicaron. Muchos antiguos religiosos se contarían entre los propagadores más ardientes de la nueva espiritualidad.

Aunque lo predicaba para los demás, Lutero se resistió en un principio al matrimonio. Sabía que podía morir en cualquier momento, castigado por hereje. Por eso no deseaba dejar a una viuda con hijos. El tiempo le hizo cambiar de opinión y, según confesó, bromeando, a un amigo, llegó a tener tres novias a la vez, Ave de Schönfeld, Ave Alemann y Catalina de Bora.³¹

Se decidió por la tercera. La boda fue, para mucha gente, algo impropio en un hombre con tanta fama de espiritual. No era fácil asimilar, en aquellos momentos, que el matrimonio pudiera ser un estado superior al celibato, tal como proponía Lutero. Sus amigos, como Melanchthon, lamentaban que

30. LAZCANO, *Lutero*, p. 201. KAUFMANN, *Lutero*, p. 81.

31. LAZCANO, *Lutero*, p. 204.

un antiguo asceta empezara a disfrutar de los placeres de la vida. Sus enemigos cargaron las tintas sobre su concupiscencia. Hubo quién le acusó de cometer incesto porque la pareja, un fraile y una monja, eran “hermano” y “hermana”. Tampoco faltó quien esparciera rumores malintencionados. Gente como Erasmo de Rotterdam aseguraba que la novia se había casado embarazada a punto de dar a luz. No obstante, el propio Erasmo también esperaba que el matrimonio ayudara a calmar el carácter irritable de Lutero. Poco tiempo después, el autor del Elogio de la locura admitiría que se había equivocado en ambas suposiciones. Catalina de Bora no esperaba un hijo en el momento de casarse y su marido continuaba, como siempre, con ganas de dirigir su pluma afilada contra sus adversarios.³²

Para el reformador, la vida en pareja no constituía algo pecaminoso sino querido por Dios. A diferencia de la Iglesia católica, creía que el matrimonio era solo un acto civil, no un sacramento. Eso significaba, entre otras cosas, que las uniones de los infieles eran válidas como las de los cristianos.

Sus ideas sobre el sexo eran progresistas para la época: creía que debían disfrutarlo tanto el hombre como la mujer. La biógrafa Lyndal Roper encuentra la raíz de esta actitud desinhibida en una visión pesimista del ser humano, por extraño que pueda parecer a primera vista: “si nunca podemos hacer el bien, si todo acto humano es pecaminoso, los actos sexuales no son peores que otras formas de pecado”.³³

Paradójicamente, esta mentalidad aperturista convivía en la misma persona con una misoginia acentuada, la propia de alguien que pensaba que su compañera debía ser, a la vez, criada y máquina de parir hijos. La obediencia era una cualidad deseable en una esposa.³⁴

Al principio, no estaba enamorado. Decía que no sentía una pasión ardiente. Seguramente este comentario era sincero, pero de esta manera también se defendía contra los que le acusaban de contraer matrimonio movido por la lujuria. Después de este inicio no demasiado romántico, la conviven-

32. KREITZER, BETH. “Momentous vows”. *Christian History* n° 115, p. 30.

33. ROPER, *Martín Lutero*, p. 299.

34. ROPER, *Martín Lutero*, p. 21.

cia le enseñó a querer a su esposa, en la que encontró una amiga leal. “No la cambiaría por Francia o por Venecia”, llegaría a confesar.

Tendrían seis hijos, de los que tres llegaron a la edad adulta. Su hogar se convirtió en una especie de hostel en el que convivían familiares y discípulos. Estos últimos, para desesperación de Catalina, parecían una plaga de langostas a la hora de comer. Cuando hacía falta dinero, Martín lo obtenía con algún trabajo manual o con la venta de alguna copa de plata. Fue por entonces cuando sus seguidores registraron sus célebres *Charlas de sobre-mesa*, en las que daba cuenta de sus opiniones religiosas pero reflejaba también aspectos de su día a día.

El antiguo fraile se había convertido en un burgués. Incluso aumentó de peso para incomodidad de sus partidarios más estrictos, incapaces de reconciliar su nuevo aspecto con el ideal del perfecto religioso, un hombre ascético por definición. Lutero, por el contrario, estaba convencido de que un hombre debía divertirse. No había ningún mal en pasarse un poco con la bebida alguna. Así, pensando en cosas alegres, uno podía espantar los malos pensamientos.

Continuó dedicando buena parte de su tiempo a la escritura, pero también se interesó por otras ocupaciones que le aliviaban del trabajo teológico. Una de sus facetas menos conocidas es la de músico, que le llevó a componer cerca de 40 himnos religiosos, seguramente tanto o más influyentes que sus tratados. La música, para él, tenía una importancia crucial porque contribuía a combatir las tentaciones y los malos pensamientos.

Su alejamiento del catolicismo no implicaba que compartiera rasgos como el odio furibundo a las brujas. Creía que merecían la pena capital, castigo que justificaba con el versículo de la Biblia que dice “Aquel que maldijera a su padre o a su madre debe ser muerto”. Por otra parte, su actitud hacia los herejes del protestantismo coincidía en buena parte con la de Roma. Es cierto que en sus primeros tiempos demostró tolerancia, pero después evolucionó en un sentido dogmático. No debían permitirse enseñanzas contrarias a las de la religión oficial. Aquellos que tuvieran otra fe debían permanecer en silencio. O ser castigados con la pena capital. Esta

fue la postura que Lutero defendió a partir de 1530 en relación, por ejemplo, con aquellos que negaban la divinidad de Cristo y le presentaban como un hombre más.³⁵

Respecto a los judíos, su postura era la del antisemitismo común en su época. No obstante, en un principio, demostró una actitud más tolerante. En 1523 publicó un tratado en el que afirmaba que Jesucristo había nacido judío. Es más, también aseguraba que si él hubiera sido el judío, habría preferido ser un cerdo antes que convertirse, vistos el maltrato de la población cristiana hacia los hebreos.³⁶

Eso no significa, sin embargo, que no pretendiera cristianizar a los hijos de Israel. Cuando comprobó que eso no era posible, la decepción le hizo endurecer su actitud. Así, en febrero de 1546, en carta a Catalina de Bora, supone que ellos deben ser los culpables de que se encuentre enfermo. En esos momentos no se conforma con hacer comentarios desagradables: quiere promover una expulsión en toda regla, quemar las sinagogas y las escuelas hebraicas de forma que “no vuelva a verse ni una piedra ni un pedazo de escoria en toda la eternidad”. Naturalmente, el Talmud debía ser pasto de las llamas, lo mismo que los libros de oraciones.³⁷

En cambio, se mostraba más tolerante que el Papado en relación con astrólogos y astrónomos, a los que no creía que hubiera que perseguir por más que propagaran ideas absurdas. No creía que el polaco Nicolás Copérnico tuviera razón al propugnar que es la Tierra la que gira alrededor del Sol, pero pensaba que lo que él juzgaba un error no debía poner en marcha la acción de la justicia.

Tras la desaparición de la Iglesia romana de amplios territorios, los protestantes se enfrentaron a difíciles retos organizativos. Lutero había dicho que todos los cristianos eran sacerdotes. Eso no significaba, sin embargo, que no hubiera personas específicas encargadas de la atención espiritual a

35. RICHARDT, *Luther*, pp. 204-205.

36. SAVY. PIERRE. “Était-il antisémite?”. Les Collections de l'Histoire n° 75, abril-junio de 2017, p. 31.

37. LUTERO, *Obras*, pp. 422-423. ROPER, *Martín Lutero*, p. 406.

la comunidad. Porque, aunque el sacerdocio fuera común a los fieles, no todos estaban igualmente preparados para anunciar la palabra divina. Aparecieron así los pastores, elegidos por su comunidad y con derecho a contraer matrimonio. En teoría, debían ser independientes del poder político. Eso en la práctica, no fue así.

Los príncipes alemanes reforzaron su intervención en asuntos religiosos. Cada uno, lo confiesa o no, pretendía ejercer las funciones del Papa en sus dominios. No podía ser de otra forma, ante el vacío dejado por la autoridad vaticana. Pero, en realidad, la tendencia del poder civil a inmiscuirse en cuestiones espirituales venía de antes. Por toda Europa, los monarcas trataban de arrancar competencias a la Iglesia dentro de una política conocida como “regalismo”, con raíces que arrancaban desde la Edad Media.

Es cierto que Lutero, como otros líderes reformistas, tendía a dirigirse a ellos como si tratara con menores de edad, pero en ocasiones, por pragmatismo, tenía que amoldarse a sus deseos. Eso fue lo que hizo cuando Felipe de Hesse le pidió consejo sobre su matrimonio desgraciado: deseaba otra relación pero, por motivos religiosos, descartaba tener una amante. La respuesta del antiguo agustino fue que podía casarse de nuevo, aunque eso le convirtiera en bígamo. Debía, eso sí, actuar con discreción. Al formular esta recomendación, Lutero tuvo que pasar alto algo de lo que era totalmente consciente: que San Pablo, uno de sus apóstoles predilectos, jamás habría aceptado tal solución de compromiso.³⁸

Sus obras completas comenzaron a publicarse en 1539. El proyecto no le inspiraba entusiasmo. ¿Para qué reunir más libros que distrajeran de la lectura del más importante, la Biblia? Después lo pensó mejor. Prefería una edición en vida de sus textos a que aparecieran después de su muerte, reunidos por personas que no tuvieran un gran conocimiento de su vida.

Con sesenta y dos años, una edad avanzada para la época, Lutero murió en Eisleben. En el último periodo de vida había sufrido una salud cada vez más frágil, además de episodios depresivos. Sus partidarios pronto describirán su fallecimiento como un episodio edificante, en olor de santidad. En

38. BARZUN, *Del amanecer a la decadencia*, p. 53.

MARTÍNEZ HOYOS

el bando católico, en cambio, se propagan calumnias. Como la que afirma que se suicida invocando al diablo. La batalla alrededor de su memoria acaba de iniciarse.